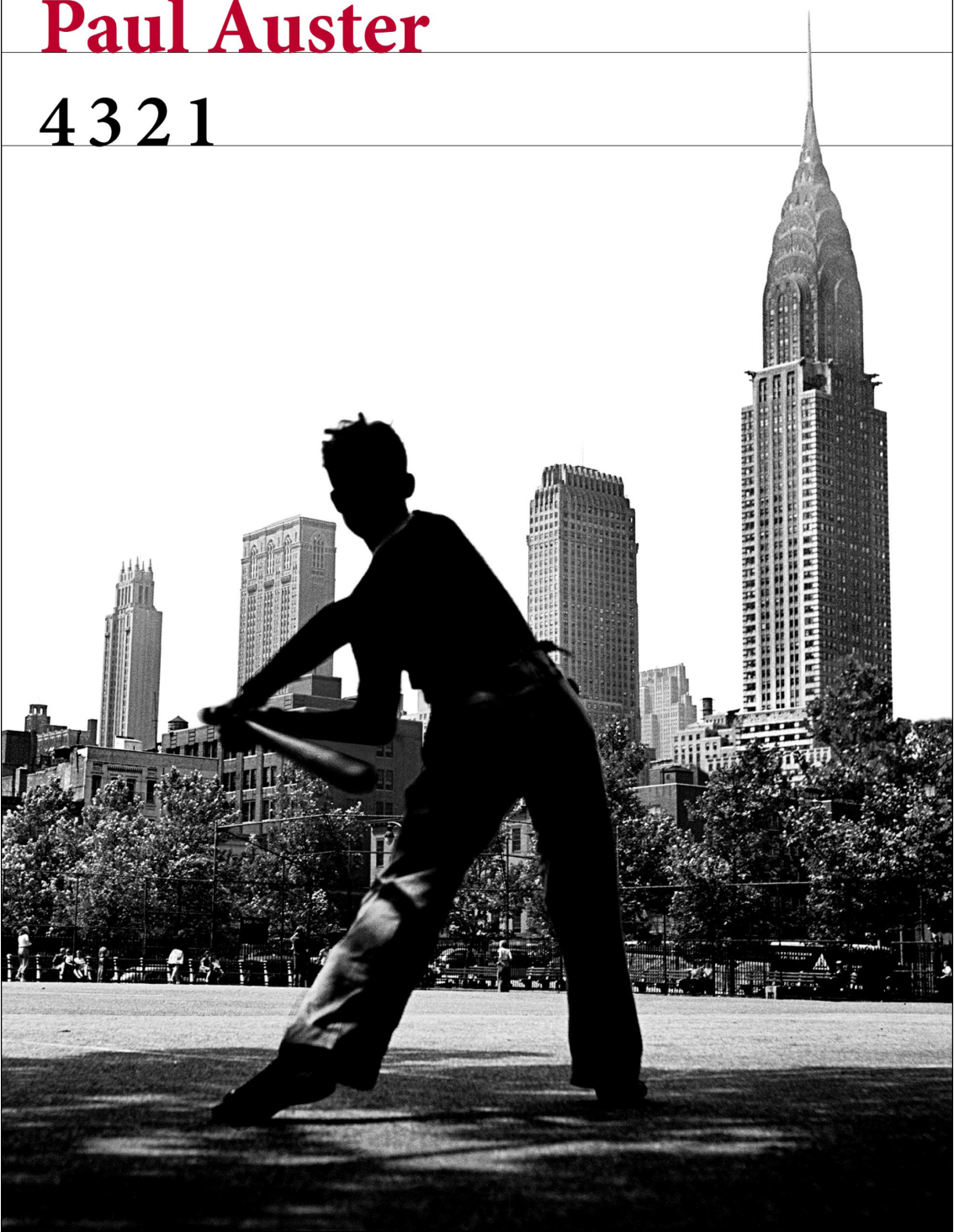


Paul Auster

4321





Seix Barral Biblioteca Formentor

Paul Auster

4 3 2 1

Traducción del inglés por
Benito Gómez Ibáñez



Seix Barral Biblioteca Formentor

Paul Auster

4 3 2 1

Traducción del inglés por
Benito Gómez Ibáñez

Título original: 4 3 2 1

© Paul Auster, 2017
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com
© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com



EDICIÓN NO VENAL
EXTRACTO

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

«*Le sourd et l'aveugle*», de *Capitale de la douleur*, Paul Éluard © Éditions Gallimard, 1926

«*Au bout du monde*», de *Fortunes*, Robert Desnos © Éditions Gallimard, 1942

Canciones del interior:

pág. 63: © *Sonny Boy*, © 2011 Entertain Me Europe LTD, interpretada por Al Jolson

pág. 611: © *Qué será, será*, © 1992 Sony BMG Music Entertainment, interpretada por Doris Day

Primera edición: agosto de 2017

ISBN: 978-84-322-3289-3

Depósito legal: B. 17.651-2017

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correctos, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1.0

Según la leyenda familiar, el abuelo de Ferguson salió a pie de Minsk, su ciudad natal, con cien rublos cosidos en el forro del saco, y pasando por Varsovia y Berlín viajó en dirección oeste hasta Hamburgo, donde sacó billete en un buque llamado *The Empress of China*, que cruzó el Atlántico entre agitadas tormentas invernales y entró en el puerto de Nueva York el primer día del siglo xx. Mientras esperaba la entrevista con un agente de inmigración en la isla de Ellis, entabló conversación con otro judío ruso. Su compatriota le dijo: *Olvida el apellido Reznikoff. Aquí no te servirá de mucho. Necesitas un nombre americano para tu nueva vida en América, algo que suene bastante en este país.* Como en 1900 el inglés aún era una lengua extraña para él, Isaac Reznikoff pidió una sugerencia a su compatriota, mayor y con más experiencia. *Diles que te llamas Rockefeller*, le contestó aquel hombre. *Con eso no puedes equivocarte.* Pasó una hora, luego otra, y cuando el Reznikoff de diecinueve años se sentó para que lo interrogara el agente de inmigración, había olvidado el nombre que su compatriota le había sugerido. *¿Cómo se llama?*, preguntó el agente. En su frustración, el cansado inmigrante soltó en yidis: *Ikh hob fargessen!* (¡Se me ha olvidado!). Y así fue como Isaac Reznikoff empezó su nueva vida en Estados Unidos con el nombre de Ichabod Ferguson.

Lo pasó mal, sobre todo al principio, pero incluso después de que ya no fuera el principio, nada ocurrió tal como había imaginado que sería en su país de adopción. Ciertamente logró encontrar mujer justo después de su vigésimo sexto cumpleaños, y cierto tam-

bién que su esposa, Fanny, de soltera Grossman, le dio tres hijos sanos y robustos, pero la vida en Norteamérica siguió siendo una lucha para el abuelo de Ferguson desde el día que desembarcó hasta la noche del 7 de marzo de 1923, cuando encontró una temprana e inesperada muerte a los cuarenta y dos años de edad: a tiros en un robo al almacén de artículos de piel de Chicago en donde estaba empleado como vigilante nocturno.

No se conservan fotografías suyas, pero a decir de todos era un hombre corpulento de recias espaldas y manos enormes, inculto, sin cualificación, el pardito analfabeto por antonomasia. Durante su primera tarde en Nueva York, se encontró con un vendedor ambulante que ofrecía las manzanas más encarnadas, más redondas y perfectas que había visto en la vida. Incapaz de resistirse, compró una y dio un mordisco con ansia. En vez del sabor dulce que esperaba, notó un gusto amargo y extraño. Aún peor, la manzana estaba asquerosamente blanda, y en cuanto le atravesó la piel con los dientes, se salieron las entrañas de la fruta y se le vertieron por la pechera del abrigo en una líquida rociada de color rojo pálido salpicada de semillas semejantes a perdigones. Ése fue su primer sabor del Nuevo Mundo, su primer encuentro, que jamás olvidaría, con un tomate Jersey.

No un Rockefeller, por tanto, sino un trabajador no cualificado de anchos hombros, un gigante hebreo de nombre absurdo y pies inquietos que probó suerte en Manhattan y Brooklyn, en Baltimore y Charleston, en Duluth y Chicago, desempeñando labores varias como estibador, marinero en un petrolero que surcaba los Grandes Lagos, cuidador de animales en un circo ambulante, obrero en la cadena de montaje de una fábrica de latas de conserva, conductor de camiones, peón caminero, vigilante nocturno. Pese a todos sus esfuerzos, nunca llegó a ganar más que lo mínimo, y por consiguiente lo único que el pobre Ike Ferguson legó a su mujer y a sus tres hijos fueron las historias que les había contado sobre las aventuras de mochileros de su juventud. A la larga, las historias no son probablemente menos valiosas que el dinero, pero a corto plazo tienen marcadas limitaciones.

La empresa de artículos de piel entregó una pequeña suma a su mujer para compensarla por su pérdida, y luego Fanny agarró a los

chicos y se marchó de Chicago, trasladándose a Nueva Jersey, a Newark, a invitación de unos parientes de su marido, que le cedieron el departamento de la planta alta de su casa en el Distrito Centro por un simbólico alquiler mensual. Sus hijos tenían catorce, doce y nueve años de edad. Louis, el mayor, hacía mucho que se había transformado en Lew. Aaron, el mediano, había dado en llamarse Arnold después de una paliza de más en el patio del colegio de Chicago, y a Stanley, el de nueve años, solían llamarlo Sonny. Para llegar a fin de mes, su madre se dedicó a lavar y remendar ropa en casa, pero al poco tiempo los chicos también contribuyeron a la economía doméstica, trabajando en alguna cosa después del colegio, los tres entregando a su madre hasta el último céntimo que ganaban. Eran tiempos difíciles, y la amenaza de la miseria invadía las habitaciones del departamento como una niebla densa y oscura. No era posible escapar del miedo, y poco a poco los tres chicos asimilaban las negras conclusiones ontológicas de su madre sobre el sentido de la vida. Trabajar o morir de hambre. Trabajar o consentir que el techo se te cayera encima. Trabajar o morir. Para los Ferguson, no existía el ridículo concepto de «Todos para uno y uno para todos». En su pequeño mundo, era «Todo para todos...», o nada.

Ferguson aún no había cumplido dos años cuando su abuela murió, lo que suponía que no conservaba recuerdos conscientes de ella, pero según la leyenda familiar Fanny era una mujer imprevisible y difícil, propensa a violentos accesos de gritos y frenéticos arrebatos de llanto, que sacudía con la escoba a sus hijos cada vez que se portaban mal, y que en determinadas tiendas del barrio tenía prohibida la entrada por sus vociferantes regateos sobre los precios. Nadie sabía dónde había nacido, pero los rumores apuntaban a que era huérfana cuando llegó a Nueva York a los catorce años y que había vivido varios años haciendo sombreros en un ático sin ventanas del Lower East Side. El padre de Ferguson, Stanley, rara vez habló de sus padres a su hijo, limitándose a contestar a las preguntas del chico con las respuestas más vagas, breves y cautelosas, y los escasos retazos de información que el joven Ferguson logró recabar sobre sus abuelos paternos procedían casi exclusivamente de su madre, Rose, con mucho la más joven de las tres cuñadas Ferguson de segunda generación, quien a su vez había recibido la mayor parte de

la información de Millie, la esposa de Lew, una mujer con tendencia al chismorreó y casada con un hombre menos reservado y más hablador que Stanley o Arnold. Cuando Ferguson tenía dieciocho años, su madre le transmitió una de las historias de Millie, presentándosela como no más que un rumor, una simple conjetura sin fundamento que podría haber sido verdad, pero que también podría no haberlo sido. Según lo que Lew había contado a Millie, o lo que Millie dijo que le había contado, hubo un cuarto vástago Ferguson, una niña nacida tres o cuatro años después de Stanley, cuando la familia estaba instalada en Duluth y Ike buscaba trabajo de marinero en algún buque de los Grandes Lagos, un periodo de meses en que la familia vivió en extrema pobreza, y como Ike se encontraba afuera cuando Fanny dio a luz a la niña, y como la región era Minnesota y era invierno, un invierno particularmente gélido en un lugar especialmente frío, y como la casa en que vivían sólo se calentaba con una estufa de leña, y además tenían tan poco dinero en ese tiempo que Fanny y los niños se veían reducidos a consumir una sola comida al día, la idea de criar otro hijo la llenaba de tal pavor que acabó ahogando en la bañera a su hija recién nacida.

Si Stanley contó poco de sus padres a su hijo, tampoco le dijo mucho acerca de sí mismo. Por eso a Ferguson le resultaba difícil formarse una idea clara de cómo había sido su padre de niño, de adolescente, de joven ni de nada hasta que se casó con Rose dos meses después de cumplir los treinta. Por observaciones casuales que alguna vez salían de los labios de su padre, Ferguson logró no obstante deducir lo siguiente: que sus hermanos mayores habían maltratado a Stanley y se habían burlado de él, que como era el más pequeño de los tres y por tanto el que menos tiempo de su infancia había pasado con su padre, fue el que más unido estuvo a Fanny, además de ser un estudiante aplicado y de lejos el mejor atleta de los tres hermanos, que jugó de extremo en el equipo de fútbol americano y corrió los cuatrocientos metros de atletismo en pista en el instituto Central High, que su talento para la electrónica lo condujo en el verano de 1932, el año que terminó la preparatoria, a abrir una pequeña tienda de reparaciones de aparatos de radio (según sus propias palabras, *un cuchitril en Academy Street en el centro de Newark, no más grande que un puesto de limpiabotas*), que acabó con una herida

en el ojo derecho en uno de los arrebatos de su madre con la escoba cuando tenía once años (sufriendo pérdida parcial de visión, con lo que le declararon inútil para el servicio durante la Segunda Guerra Mundial), que no le gustaba el apodo de Sonny y dejó de utilizarlo en cuanto salió de la preparatoria, que le encantaba ir al baile y jugar al tenis, que nunca dijo una palabra contra sus hermanos por muy estúpida o desdeñosamente que lo trataran, que de pequeño trabajó repartiendo periódicos, que consideró seriamente estudiar Derecho pero abandonó la idea por falta de recursos, que a sus veinte años tenía fama de donjuán y salió con multitud de chicas judías sin intención de casarse con ninguna, que en los años treinta hizo varias excursiones a Cuba cuando La Habana era la capital del pecado del hemisferio occidental, que la mayor ambición de su vida era ser millonario, convertirse en un hombre tan rico como Rockefeller.

Tanto Lew como Arnold se casaron a los veintipocos años, resueltos a abandonar la demencial casa de Fanny lo antes posible, a huir de la vociferante monarca que había imperado sobre los Ferguson desde la muerte de su padre en 1923, pero Stanley, aún adolescente cuando sus hermanos levantaron campamento, no tuvo más remedio que quedarse. Acababa de salir de la preparatoria, al fin y al cabo, pero luego empezaron a pasar los años, uno tras otro sucesivamente hasta llegar a once, y él seguía allí, compartiendo inexplicablemente con Fanny el mismo departamento de la planta alta durante la Depresión y la primera mitad de la guerra, aguantando quizá por inercia o pereza, tal vez motivado por cierto sentido del deber o de culpa hacia su madre o puede que impulsado por todo eso, y así le resultaba imposible imaginarse viviendo en otro sitio. Lew y Arnold engendraron hijos, pero Stanley parecía contentarse con salir con más de una chica a la vez, dedicando la mayor parte de sus energías a agrandar su pequeño negocio, y como no mostraba inclinación alguna al matrimonio, ni siquiera después de cumplir los veinticinco y estar a punto de llegar a los treinta, pocas dudas había de que se quedaría soltero para el resto de su vida. Entonces, en octubre de 1943, menos de una semana después de que el Quinto Ejército Norteamericano arrebatará Nápoles a los alemanes, en medio de aquel prometedor periodo en que la guerra empezaba finalmente a inclinarse a favor de los aliados, Stan-

ley conoció a Rose Adler, de veintiún años, en una cita a ciegas en la ciudad de Nueva York, y el encanto de la larga vida de soltero sufrió una muerte repentina y permanente.

Era tan guapa, la madre de Ferguson, tan atractiva con aquellos ojos entre verdes y grises y el largo cabello castaño, tan espontánea y despierta, de sonrisa tan dispuesta, tan deliciosamente ensamblada a lo largo y a lo ancho del uno sesenta y siete de estatura que le había tocado en suerte, que al estrechar su mano por primera vez, el distante y normalmente desentendido Stanley, el Stanley de veintinueve años que nunca se había consumido antes en el fuego del amor, creyó que se desintegraba en presencia de Rose, que se quedaba sin aire en los pulmones y jamás sería capaz de volver a respirar.

Ella también era hija de inmigrantes, de padre nacido en Varsovia y madre originaria de Odesa, ambos venidos a Estados Unidos a los tres años de edad. Los Adler constituían por tanto una familia más integrada que los Ferguson, y la voz de los padres de Rose nunca había tenido el menor rastro de acento extranjero. Se habían criado en Detroit y Hudson (Nueva York), y el yidis, el polaco y el ruso de sus padres habían dado paso a un inglés fluido y natural, mientras que el padre de Stanley había luchado por dominar su segunda lengua hasta el día en que murió, e incluso ahora, en 1943, cerca de medio siglo alejada de sus orígenes de Europa del Este, su madre seguía leyendo el *Jewish Daily Forward* en vez de los periódicos norteamericanos y expresándose en un lenguaje extraño y amazacotado que sus hijos denominaban *yinglés*, un dialecto casi incomprendible que mezclaba el yidis con el inglés en casi todas las frases que salían de sus labios. Ésa era la diferencia esencial entre los progenitores de Rose y los de Stanley, pero aún más importante que lo mucho o lo poco que sus padres se habían adaptado a la vida norteamericana, era la cuestión de la suerte. Los padres y abuelos de Rose habían logrado sustraerse a los crudos giros de la fortuna que castigaron a los desventurados Ferguson, y su historia no incluía asesinatos en robos a almacenes, ni pobreza hasta el punto del hambre y la desesperación, ni recién nacidos ahogados en la bañera. El abuelo de Detroit había sido sastre, el de Hudson, barbero, y aunque cortar la ropa y cortar el pelo no eran el tipo de trabajos que condujeran a la senda de la riqueza y el éxito en el mundo, pro-

curaban unos ingresos lo bastante fijos para llevar comida a la mesa y poner abrigo sobre los hombros de los hijos.

El padre de Rose, Benjamin, indistintamente conocido como Ben y Benjy, salió de Detroit en 1911 al día siguiente de terminar la preparatoria y se dirigió a Nueva York, donde un pariente lejano le había encontrado trabajo de empleado en una tienda de confecciones del centro, pero el joven Adler renunció al puesto al cabo de dos semanas, sabiendo que el destino no lo había hecho para desperdiciar su breve tiempo sobre la Tierra vendiendo medias y ropa interior masculina, y treinta y dos años más tarde, después de periodos como vendedor de puerta en puerta de productos de limpieza doméstica, distribuidor de discos de gramófono, soldado en la Primera Guerra Mundial, vendedor de coches y copropietario de un negocio de vehículos usados en Brooklyn, ahora se ganaba bien la vida en una agencia inmobiliaria de Manhattan de la que era uno de los tres socios minoritarios, con unos ingresos lo suficientemente abultados para haberse mudado con su familia desde el barrio de Crown Heights de Brooklyn a un edificio nuevo de la calle Cincuenta y ocho Oeste en 1941, seis meses antes de que Estados Unidos entrara en guerra.

Según lo que le habían transmitido a Rose, sus padres se conocieron en una merienda campestre dominical al norte del estado de Nueva York, no lejos de la casa de su madre en Hudson, y al cabo de medio año (noviembre de 1919) se casaron. Tal como Rose confesó más adelante a su hijo, ese matrimonio siempre le había chocado, porque rara vez había visto a dos personas menos compatibles que sus padres, y el hecho de que durase más de cuatro décadas constituía sin duda uno de los grandes misterios en los anales del emparejamiento humano. Benjy Adler era un espabilado y un charlatán, un intrigante, un timador con un centenar de planes en el bolsillo, un individuo aficionado a contar chistes y a sacar tajada que siempre acaparaba el centro de atención, y allí estaba en aquella merienda campestre un domingo por la tarde al norte del estado de Nueva York enamorándose de una mujer tímida y aburrida llamada Emma Bromowitz, una chica de veintitrés años, rotunda, de pechos grandes, cutis muy blanco y pálido coronado por una voluminosa cabellera pelirroja, tan virginal, con tan poca experiencia, tan victoriana en

sus afectos que sólo había que mirarla para concluir que sus labios no conocían ni el roce de los labios de un hombre. No tenía sentido que se casaran, todo indicaba que estaban destinados a una vida de conflictos y malentendidos, pero se casaron, y aunque a Benjy le resultó difícil seguir siendo fiel a Emma después del nacimiento de sus hijas (Mildred en 1920, Rose en 1922), permaneció apegado a ella en su corazón, y Emma, aunque traicionada una y otra vez, nunca pudo volverse contra él.

Rose adoraba a su hermana mayor, pero no puede decirse que fuera recíproco, porque Mildred, la primogénita, había aceptado de manera natural la divina dádiva de ser la princesa de la casa, y a la pequeña rival que había aparecido en escena habría que enseñarle —una y otra vez si fuera necesario— que sólo había un trono en el piso de los Adler en Franklin Avenue, un trono y una princesa, y toda tentativa de usurparlo se vería ante una declaración de guerra. Eso no quiere decir que Mildred se mostrara abiertamente hostil hacia Rose, pero sus muestras de afecto se medían a cucharaditas, con una mínima dosis de cordialidad por minuto, hora o mes, y siempre otorgada con un toque de altiva condescendencia, tal como correspondía a una persona de tan majestuosa posición. La fría y circunspecta Mildred; la efusiva y sensiblera Rose. Para cuando las niñas cumplieron doce y diez años, ya estaba claro que Mildred poseía una inteligencia excepcional, que su éxito en el colegio no era simplemente el resultado del esfuerzo sino de superiores dotes intelectuales, y aunque Rose era bastante lista y siempre pasaba dignamente al siguiente curso, comparada con su hermana no era más que una segundona. Sin comprender sus motivos, sin caer conscientemente en la cuenta ni formular un plan, Rose dejó poco a poco de competir con Mildred en su propio terreno porque instintivamente sabía que el hecho de emular a su hermana sólo podía acabar en fracaso, y por tanto, si quería encontrar cierta felicidad en la vida tendría que emprender un camino diferente.

Halló la solución en el trabajo, intentando abrirse paso por sí sola, ganando su propio dinero, y en cuanto cumplió catorce años y pasó a tener edad suficiente para solicitar permiso de trabajo, encontró su primer empleo, que rápidamente condujo a otros, y para cuando cumplió los dieciséis trabajaba tiempo completo durante el

día y luego asistía a clases nocturnas. Que Mildred se retirase al claustro de su cerebro revestido de libros, que se encaminara tranquilamente a la universidad y leyera hasta el último libro escrito en los últimos dos mil años, pero lo que Rose deseaba, y para lo que Rose estaba hecha, era el mundo real, el movimiento y clamor de las calles de Nueva York, el impulso de defenderse por sí sola y labrarse su propio camino. Como las valientes e ingeniosas heroínas de las películas que veía dos y tres veces por semana, la interminable legión de películas de estudio protagonizadas por Claudette Colbert, Barbara Stanwyck, Ginger Rogers, Joan Blondell, Rosalind Russell y Jean Arthur, asumió el papel de chica resuelta a hacer carrera y lo encarnó como si estuviera viviendo su propia película, *La historia de Rose Adler*, una película larga, infinitamente compleja que aún se encontraba en su primer rollo pero prometía grandes cosas para los años venideros.

Cuando conoció a Stanley en octubre de 1943 llevaba dos años trabajando con un fotógrafo retratista llamado Emanuel Schneiderman, cuyo estudio estaba situado en la calle Veintisiete Oeste, cerca de la Sexta Avenida. Había empezado como recepcionista, secretaria y contable, pero cuando el ayudante fotográfico de Schneiderman se incorporó a filas en junio de 1942, Rose lo sustituyó. Con sesenta y tantos años por entonces, el viejo Schneiderman, inmigrante judío alemán que había llegado a Nueva York con su mujer y dos hijos después de la Primera Guerra Mundial, era un individuo temperamental dado a accesos de mal humor y a un lenguaje brusco e insultante, pero con el tiempo fue cobrando a regañadientes cierto afecto a la encantadora Rose, y como se había fijado en la atención que ponía al verlo trabajar desde sus primeros días en el estudio, decidió emplearla como aprendiz-ayudante y le enseñó cuanto sabía de cámaras, iluminación y revelado: todo el arte y oficio de su profesión. Para Rose, que hasta entonces no había sabido realmente hacia dónde se dirigía, que había trabajado en diversas labores de oficina por el salario que le pagaban y nada más, es decir, sin esperanza de alcanzar cierta satisfacción interior, aquello fue como encontrar de pronto una vocación, no simplemente otro empleo, sino una nueva forma de estar en el mundo: observar el rostro de otras personas, más rostros cada día, cada mañana y cada tarde

rostros diferentes, todos distintos, y al poco tiempo comprendió que le encantaba aquel trabajo de mirar a los demás y que nunca se cansaría, jamás podría cansarse de él.

Los hermanos de Stanley ya trabajaban con él por entonces, ambos también exentos del servicio militar (pies planos y visión defectuosa), y al cabo de varias reinventaciones y ampliaciones, el pequeño negocio de reparación de radios inaugurado en 1932 creció hasta convertirse en una gran tienda de muebles y electrodomésticos en Springfield Avenue que ofrecía todos los alicientes y trucos comerciales de la época en Estados Unidos: ventas a plazos, ofertas de compre dos y llévase uno gratis, liquidación de existencias dos veces al año, un servicio de asesoramiento a recién casados y descuentos especiales el Día de la Bandera. Arnold fue el primero en irse con él, el hermano mediano, irreflexivo y no muy espabilado, que había perdido varios trabajos de vendedor y estaba pasando apuros para mantener a su mujer, Joan, y a sus tres hijos, y un par de años después Lew volvió al redil, no porque le interesaran en modo alguno los muebles ni los electrodomésticos sino porque Stanley acababa de pagarle las deudas de juego por segunda vez en cinco años, forzándolo a incorporarse al negocio como señal de arrepentimiento y buena fe y con la condición de que, si no mostraba buena disposición, jamás volvería a recibir un céntimo de su parte. Así nació la empresa llamada 3 Brothers Home World, dirigida en lo esencial por uno de los hermanos, Stanley, el más joven y ambicioso de los hijos de Fanny, el cual, movido por alguna perversa pero incuestionable convicción de que la lealtad familiar era superior a todas las demás virtudes humanas, decidió llevar la carga de sus dos hermanos fracasados, que le expresaron su gratitud presentándose reiteradamente tarde al trabajo, afanando billetes de diez y de veinte de la caja registradora siempre que tenían los bolsillos vacíos, y, en los meses cálidos, largándose a jugar al golf después del almuerzo. Si a Stanley le molestaba ese comportamiento, nunca se lamentó, porque las leyes del universo prohibían quejarse de los propios hermanos, y aunque los beneficios de Home World fueran algo más bajos de lo que habrían sido sin el gasto de los sueldos de Lew y Arnold, el negocio no estaba ni mucho menos en números rojos, y una vez que terminara la guerra al cabo de un par de años, las perspectivas

serían aún más halagüeñas, porque para entonces ya habría aparecido la televisión y los hermanos serían los primeros del barrio en venderlas. No, Stanley no era rico todavía, pero ya llevaba un tiempo con los ingresos aumentando a ritmo constante, y cuando conoció a Rose aquella noche de octubre de 1943 tenía la seguridad de que los mejores días aún estaban por llegar.

A diferencia de Stanley, Rose ya se había consumido en los ardores de la pasión amorosa. De no haber sido por la guerra, que le arrebató aquel amor, nunca se habrían conocido porque ella ya estaría casada con otro mucho antes de aquella noche de octubre, pero el joven con quien se había comprometido, David Raskin, el futuro doctor oriundo de Brooklyn que había conocido a los diecisiete años, resultó muerto en una extraña explosión durante unas maniobras en el campamento de Fort Benning, en Georgia. La noticia llegó en agosto de 1942, y Rose guardó luto durante muchos meses, sucesivamente insensible y amargada, vacía, sin esperanzas, medio enloquecida de pena, maldiciendo la guerra por la noche, gritando sobre la almohada, incapaz de aceptar el hecho de que David jamás volvería a tocarla. Lo único que la ayudó a seguir adelante durante aquellos meses fue el trabajo con Schneiderman, que le procuró algún consuelo, cierto placer, un motivo para levantarse de la cama por la mañana, pero ya no le interesaba hacer vida social, no tenía ningún interés en conocer a otros hombres, y redujo su vida al estricto hábito de ir del trabajo a casa y al cine con su amiga Nancy Fein. Poco a poco, sin embargo, sobre todo en los dos o tres últimos meses, Rose había empezado a ser de nuevo la de antes, redescubriendo que la comida tenía sabor cuando se la llevaba a la boca, por ejemplo, y que en la ciudad la lluvia no caía sólo sobre su cabeza, sino que hasta el último hombre, mujer y niño tenía que saltar los mismos charcos que ella. No, jamás se recuperaría de la muerte de David, que siempre sería el fantasma secreto que caminaría a su lado mientras ella se dirigía tambaleante hacia el futuro, pero con veintiún años era muy joven para dar la espalda al mundo, y a menos que hiciese un esfuerzo para volver a entrar en ese mundo, estaba segura de que acabaría cayéndose redonda al suelo, muerta.

Fue Nancy Fein quien organizó la cita con Stanley, la cáustica, bromista Nancy, de dientes grandes y brazos flacos, la mejor amiga

de Rose desde su infancia en Crown Heights, donde se criaron juntas. Nancy había conocido a Stanley en un baile de fin de semana en las Catskill, una de aquellas concurridas fiestas en el hotel Brown para jóvenes judíos sin compromiso pero en urgente búsqueda de pareja, *el mercado de carne kosher*, según expresión de Nancy, y aunque la propia Nancy no buscaba urgentemente (estaba comprometida con un soldado destinado en el Pacífico que según las últimas noticias seguía contándose entre los vivos), había acudido con una amiga para pasar el rato y acabó bailando un par de veces *con un chico de Newark llamado Stanley*. Él quería volver a verla, dijo Nancy, pero al explicarle que había prometido su virginidad a otro, Stanley sonrió, hizo una pequeña y cómica reverencia y, cuando estaba a punto de marcharse, ella empezó a contarle la historia de su amiga Rose, Rose Adler, *la chica más guapa del Danubio para acá y la mejor persona de aquí al fin del mundo*. Tales eran los verdaderos sentimientos de Nancy hacia Rose, y cuando Stanley comprendió que lo decía en serio, le hizo saber que le gustaría conocer a su amiga. Nancy se disculpó con Rose por haber sacado su nombre a relucir, pero Rose se limitó a encogerse de hombros, sabiendo que Nancy había obrado con buena intención, y entonces preguntó: Bueno, ¿y cómo es? En palabras de Nancy, Stanley Ferguson medía alrededor de uno ochenta, guapo, un poco mayor, con casi treinta años frente a los veintiuno de ella, con negocio propio que al parecer marchaba estupendamente, encantador, educado, y bailaba muy bien. En cuanto Rose asimiló la información, se quedó callada unos momentos, sopesando si tendría ánimos para salir con un desconocido, y entonces, en medio de sus cavilaciones, se le ocurrió de pronto que David llevaba muerto más de un año. Le gustara o no, había llegado el momento de tantear de nuevo el terreno. Miró a Nancy y dijo: Supongo que debería conocer a ese tal Stanley Ferguson, ¿no crees?

Años después, cuando Rose contó a su hijo los acontecimientos de aquella noche, omitió el nombre del restaurante donde Stanley y ella quedaron para cenar. No obstante, si la memoria no le fallaba, Ferguson creía que estaba en algún sitio del centro de Manhattan, no sabía si por el East o el West Side, pero sí que era un local elegante con manteles blancos y camareros con chaquetilla negra y pajarita, lo que significaba que Stanley tenía intención de impresionarla,

de demostrarle que podía permitirse extravagancias como aquella cuando tuviera ganas, y sí, ella lo encontró físicamente atractivo, le llamó la atención la ligereza de sus pies, la gracia y fluidez de sus movimientos, pero también sus manos, el tamaño y la fuerza de sus manos, eso lo notó enseguida, y los plácidos, nada agresivos ojos que no dejaron de mirarla, ojos castaños, ni grandes ni pequeños, bajo unas gruesas cejas negras. Ajena al tremendo efecto que había causado a su pasmado compañero de mesa —el apretón de manos por el que Stanley sintió que todo se desmoronaba en su interior—, al principio de la cena Rose se sintió algo confusa por lo poco que él hablaba, catalogándolo por tanto como una persona sumamente tímida, lo que no se ajustaba estrictamente a la realidad. Y como ella también estaba nerviosa y Stanley seguía allí sentado sin apenas decir palabra, Rose acabó hablando por los dos, o lo que es lo mismo, habló demasiado, y a medida que pasaban los minutos se iba horrorizando cada vez más al oírse parlotear como una estúpida cotorra, enorgulleciéndose de su hermana, por ejemplo, y diciéndole que Mildred era una magnífica estudiante, *summa cum laude* por Hunter el pasado junio y ahora matriculada en un curso de doctorado en Columbia, la única mujer en el Departamento de Inglés, con sólo otros dos judíos aparte de ella, imposible imaginar lo orgullosa que estaba la familia, y en cuanto mencionó a la familia empezó con su tío Archie, el hermano menor de su padre, Archie Adler, el pianista del Downtown Quintet, que ahora tocaba en el Moe's Hideout de la calle Cincuenta y dos, y qué estupendo era tener un músico en la familia, un artista, un rebelde que pensaba en otras cosas aparte de en ganar dinero, sí, adoraba a su tío Archie, era con mucho su pariente preferido, y entonces, inevitablemente, se puso a hablar de su trabajo con Schneiderman, enumerando todas las cosas que había aprendido con él en el pasado año y medio, el malhablado y gruñón Schneiderman, que los domingos por la tarde la llevaba al Bowery a la caza de viejos vagabundos y borrachines, seres rotos con sus barbas y largas cabelleras blancas, de magníficas cabezas, testas de profetas y reyes antiguos, y Schneiderman daba dinero a aquellos hombres para que fueran a posar a su estudio, disfrazados en su mayor parte, los ancianos ataviados con turbantes, túnicas y mantos de terciopelo, igual que los vagabundos vestidos por

Rembrandt en el Ámsterdam del siglo XVII, y utilizaban con ellos la misma luz, la de Rembrandt, luz y oscuridad a la vez, densa penumbra, todo sombra con un simple toque de luz, y para entonces Schneiderman tenía la suficiente fe en ella como para permitirle que montara la iluminación, ya había realizado varias docenas de retratos por sí sola, y cuando utilizó la palabra *chiaroscuro*, comprendió que Stanley no tenía la menor idea de lo que estaba hablando, que podría decirlo en japonés y para él tendría el mismo sentido, pero Stanley siguió mirándola, escuchándola, embelesado y mudo, estupefacto.

El de ella era un comportamiento bochornoso, pensaba Rose, de vergüenza. Afortunadamente, el monólogo quedó interrumpido por la llegada del plato principal, lo que le concedió unos momentos para poner en orden sus pensamientos, y cuando empezaron a comer (menú desconocido) se encontraba lo bastante tranquila como para comprender que su inusitada perorata había sido una pantalla de protección para no hablar de David, porque se trataba del único tema sobre el que no quería hablar, sobre el que se negaba a hablar, y por eso había llegado a aquellos extremos desmesurados y ridículos, para no revelar su herida. Stanley Ferguson no tenía nada que ver con todo aquello. Parecía un hombre decente, y no era culpa suya que lo hubieran rechazado en el ejército, que estuviera sentado en aquel restaurante vestido con ropa de civil de elegante confección en vez de marchando penosamente entre el barro de algún remoto campo de batalla o volando en pedazos durante unas maniobras de instrucción. No, no era culpa suya, y sería una crueldad reprocharle que se hubiera salvado, pero ¿cómo no hacer comparaciones?, ¿cómo no preguntarse por qué tenía aquel hombre que seguir vivo mientras David estaba muerto?

A pesar de todo, la cena resultó razonablemente bien. Una vez que Stanley se hubo recobrado de su conmoción inicial y fue capaz de respirar de nuevo, demostró ser una persona afable, no era un hombre nada pagado de sí mismo como tantos otros, sino atento y de buenos modales, de ingenio no muy brillante, quizá, pero receptivo al sentido del humor, que reía cuando ella decía algo siquiera remotamente gracioso, y cuando habló de su trabajo y sus planes para el futuro, Rose comprendió que había en él algo sólido, digno

de confianza. Lástima que fuese un hombre de negocios sin interés por Rembrandt ni la fotografía, pero al menos era partidario de Franklin Delano Roosevelt (fundamental) y parecía lo bastante honrado para reconocer que sabía poco o nada sobre muchas cosas, incluida la pintura del siglo xvii y el arte de la fotografía. Le gustó. Le pareció una compañía agradable, pero aunque poseía todas o casi todas las cualidades de lo que se denominaba un buen partido, sabía que nunca podría enamorarse de él de la forma que Nancy esperaba. Después de cenar en el restaurante deambularon por las calles del centro durante media hora, entraron a tomar una copa en el Moe's Hideout, donde saludaron con la mano al tío Archie mientras acariciaba las teclas del piano (respondió con una amplia sonrisa y un guiño), y luego Stanley la acompañó de vuelta al piso de sus padres en la calle Cincuenta y ocho Oeste. Subió con ella en el ascensor, pero Rose no lo invitó a entrar. Extendiendo el brazo para despedirse con un apretón de manos (evitando con habilidad toda ocasión de un beso de tanteo), le agradeció la encantadora velada, dio media vuelta, abrió la puerta y entró en el departamento, casi segura de que no volvería a verlo más.

Para Stanley era otra cosa, desde luego, para él había sido de otra manera desde el primer momento de aquella primera cita, y como no sabía nada de David Raskin ni del afligido corazón de Rose, se figuró que debía actuar con rapidez, porque una chica como ella no permanecería mucho tiempo sin compromiso, habría sin duda un montón de hombres pululando a su alrededor, era irresistible, cada partícula de su ser desprendía gracia, belleza y bondad, y por primera vez en la vida Stanley se propuso hacer lo imposible, derrotar al creciente enjambre de pretendientes y conquistarla sólo para él, porque aquélla era la mujer con quien había decidido casarse, y si Rose no llegaba a ser su esposa, ninguna otra lo sería.

Durante los cuatro meses siguientes la llamó con frecuencia, no con tanta como para convertirse en un pesado sino a menudo, de manera persistente, sin rebajar el énfasis ni la determinación, aventajando a sus imaginarios rivales mediante lo que él suponía una astucia estratégica, pero lo cierto era que no había serios rivales en el panorama, sólo otros dos o tres hombres que Nancy le había presentado después de su cita con Stanley en octubre, pero uno por

uno Rose los fue encontrando insuficientes, declinando sus sucesivas invitaciones y permaneciendo a la expectativa, lo que significaba que Stanley era un caballero a la carga en un campo de batalla vacío, aun cuando viera enemigos por todas partes. Los sentimientos de Rose hacia él no habían cambiado, pero su compañía era preferible a la soledad de su habitación o a escuchar la radio con sus padres después de cenar, de modo que rara vez se negaba cuando Stanley la invitaba a salir por la tarde, aceptando sugerencias de ir a patinar, al bowling, al baile (sí, bailaba estupendamente), a un concierto de Beethoven en el Carnegie Hall, a dos musicales de Broadway y a ver varias películas. Rose se dio cuenta enseguida de que los dramas no producían efecto alguno en Stanley (se quedó dormido durante *La canción de Bernadette* y *Por quién doblan las campanas*), pero sus ojos permanecían invariablemente abiertos en las comedias, *El amor llamó dos veces*, por ejemplo, un delicioso pestiño sobre la escasez de viviendas en Washington en tiempos de guerra que los hizo reír a los dos, con Joel McCrea (tan guapo) y Jean Arthur (una de las favoritas de Rose), pero lo que más impresión le causó a ella fue algo que dijo uno de los demás actores, una frase pronunciada por Charles Coburn, que encarnaba a una especie de Cupido bajo el aspecto de un viejo gordinflas norteamericano, y que repetía una y otra vez a lo largo de la película: *un joven cabal, amable y simpático*, como si fuera un encantamiento para ensalzar las virtudes del tipo de marido que toda mujer debía desear. Stanley Ferguson era amable, simpático y aún relativamente joven, y si *cabal* significaba íntegro, cortés y respetuoso de la ley, también era esas cosas, pero Rose no estaba en absoluto segura de que fuesen esas virtudes las que ella andaba buscando, no después del amor que había compartido con el intenso e imprevisible David Raskin, que a veces había sido un amor agotador, pero vívido y siempre inesperado en sus formas continuamente cambiantes, mientras que Stanley parecía tan tranquilo y previsible, tan prudente, que se preguntaba si tal firmeza de carácter era en definitiva una virtud o un defecto.

Por otro lado, no la toqueteaba, ni le requería besos que según él sabía no estaba dispuesta a dar, aunque para entonces era más que evidente que estaba locamente prendado de ella y que cada vez que salían juntos tenía que luchar para no tocarla, besarla, manosearla.